

MI PATERNIDAD

Antonio Sánchez Rodríguez

Agradezco la invitación a poder escribir estas líneas y compartir mi segunda experiencia paternal. No es fácil, hoy en día, encontrar un espacio para hablar sobre el papel que juega el padre en el nacimiento de un bebé; se habla más de la madre (pienso que aún así se habla poco de ésta).

En los últimos tiempos, se habla más de una corresponsabilidad de la madre y el padre en el embarazo, y estoy a favor de ello, aunque esto no siempre es posible. Como ejemplo está la experiencia de acudir al Hospital de León a una ecografía y quedarte con la visión de la puerta, y no de tu hijo, puesto que a la enfermera la han ordenado que nadie más que la madre pueda acceder a esa zona. Aquí es donde el papel del padre se limita a ser el taxista que lleva a la madre de un lado al otro. Pese a mi reclamación pertinente, en el segundo embarazo, la situación se volvió a repetir. Para el que no entienda esto o se ponga de parte del Hospital os diré que, si voy a una consulta privada, el acceso es totalmente recomendado e incluso se dirigen a mí (je, je).

También intenté participar en las clases que la matrona imparte, pero allí me sentí como parte del mobiliario y me recomendaron acudir únicamente el día en el que explicaran a qué ayudas tení-

amos derecho y los “papeles” que debíamos rellenar por el nacimiento de nuestro hijo. Ni que decir tiene que en el segundo embarazo, no acudí a la consulta de la matrona (que, por cierto, es muy maja y una gran profesional).

El nacimiento de mi hijo fue algo espléndido y maravilloso. Tuvimos la suerte de encontrarnos con un gran equipo médico que favoreció hasta el último momento el deseo de los padres: “que fuese un parto natural”. Desafortunadamente, en el parto hubieron de utilizar instrumental, y en esos casos, el padre no puede asistir porque, como muy bien me explicaron, allí iba a ver cosas que no entendería, y podría entorpecer el parto. Les agradecí su aclaración y me quedé fuera, esperando, intentando atisbar algo por esos minúsculos ventanales circulares de los quirófanos para que la espera no fuera muy larga. Quince minutos después pude ver a mi hijo; y media hora más tarde, reencontrarme con mi mujer para agradecerla haber traído al mundo a nuestro hijo.

Antes de darnos el alta, llegó a mi vida un nuevo término: “ictericia”. El grupo sanguíneo de mi mujer no era compatible con el de mi hijo, y al pasar glóbulos rojos al bebé, su hígado no puede asimilarlos por ser muy pequeño; por ello su cuerpo se amarillea

y deben permanecer al calor de la lámpara hasta que recuperen los índices de bilirrubina. El palo para nosotros fue tremendo, máxime cuando a la madre la dan el alta médica, pero el bebé debe quedar en el Hospital. Nos movimos de un lado a otro para que la madre pudiera quedarse junto al bebé, pero desde ginecología te mandan a pediatría para, desde allí decir que es “cosa” de ginecología...; al final, como en Verano Azul, “mierda pal correo que va y viene”. Aquí es donde me gustaría ver a aquellos profesionales que abogan por la lactancia exclusiva. Gracias a la ternura y el tesón de mi mujer, que tras un parto complicado (22 horas desde las contracciones hasta el alumbramiento) decide subir al Hospital cada dos horas para amamantar a su hijo. La sensación de llegar a casa y no poder tener en tus brazos a tu hijo tras tan “dulce” espera, es inexplicable, y me vuelven a brotar las lágrimas cuando escribo esto.

Afortunadamente, nuestro hijo se recuperó pronto y ya pudimos disfrutar de su presencia en nuestro hogar. No es fácil convivir con una nueva vida indefensa, que “no sabe” cómo pedir lo que necesita, y con unos padres que no siempre atinan a entender lo que su hijo demanda. Poco a poco te vas haciendo. Llegan las noches sin dormir, los paseos en brazos mostrando cada rincón de la casa...

Todo ello compensado con creces por una pequeña mueca, un abrazo delicado, un beso tras otro y el poder contemplar a tu esposa alimentando a nuestro hijo con una sonrisa en los labios y una expresividad en los ojos, que aún hoy me pone el bello de punta.

Dos años y tres meses después, he vuelto a ser padre; esta vez de una preciosa niña. Se adelantó trece días y vino al mundo el día 1 de noviembre festividad de Todos los Santos, y hasta la fecha hace honor a ese día puesto que es una “santina” (aunque no se llama Covadonga sino Celia).

Este parto ha sido muy distinto. Ha sido más rápido que el anterior, ya que mi mujer llegó más dilatada y no hubo tiempo ni para administrarla la epidural. El parto ha sido a la vieja usanza, al natural. Por decir que no hubo ni personal médico que asistiera el parto, sino que únicamente se precisó el buen obrar de la matrona y de una enfermera. Esta vez sí que pude estar en el parto; y os diré que ha sido la experiencia más maravillosa que he vivido. Es cierto que, hoy en día, ya en documentales puedes visionar un parto, pero no es lo mismo; es tu mujer y tu hija las que están delante de tus ojos y no de la pantalla.

En los últimos tiempos, se habla más de una corresponsabilidad de la madre y el padre en el embarazo, y estoy a favor de ello, aunque esto no siempre es posible.

Al entrar en el paritorio, la matrona me advirtió que si estaba seguro; “mira que si te mareas nadie te va a hacer caso, si te mareas, te sientas en el suelo y esperas”. Allí estaba yo, segregando baba, con mi bata, mis botines y mi gorro para no enturbiar un espacio esterilizado. Mi función allí era la de dar aire a mi mujer con un paquete de vendas herméticamente cerrado.

Comenzó el parto propiamente dicho y descubrí en mi esposa algo que me acompañará el resto de mi vida. Cuánta capacidad de sacrificio, cuanto esfuerzo por una nueva vida a la que los dos habíamos llamado a este mundo: qué buen hacer. Mi experiencia, maravillosa. Poder presenciar cómo va emergiendo mi hija a este mundo, cómo va haciéndose un espacio con la ayuda de su madre hasta que por fin comienza a forjar su independencia; está claro que a muy primer nivel pero por primera vez, va a pasar a respirar aire por su propia cuenta y poco después a buscar el alimento en su madre.

Resaltar en este tiempo, la amabilidad y delicadeza que la matrona empleó con nosotros, sobre todo, con mi mujer. Hablaba desde la ternura, desde tu hija te está diciendo que empujes y no un simple empuja; el pedir que comenzara a relajar su cara para proseguir con el resto de su cuerpo y así poder ayudar mejor a tu hija, en vez de un frío “empuja que tienes una contracción”. Un abrazo a ti, estés donde estés, y gracias por ser de esa manera.

Después volvió a ocurrir el episodio de la ictericia y en más de dos años no se ha resuelto el que la madre pueda permanecer con su hija. La explicación final es que no hay camas suficientes; eso que siguen realizando reformas, y a nadie se le ha ocurrido proyectar el hacer más habitaciones para ginecología.

A día de hoy me he reincorporado al trabajo con nostalgia por dejar a mi mujer “sola” en casa; hemos disfrutado mucho de este tiempo los cuatro juntos. A mí se me ha acabado el permiso y ella únicamente va a poder disfrutar de 16 semanas según la legislación española; para esto no somos europeos y poder equiparnos a Dinamarca, Finlandia... Me queda la alegría de saber que en cuanto llegue a casa, encontraré una sonrisa, los brazos de Marcos y a Celia durmiendo. De momento, esta es la familia que estamos consolidando y quién sabe si en un futuro... eso sólo nuestro amor y nuestro cariño lo decidirán.